

Malestar en la etnografía Malestar en la antropología

**María Epele y Rosana Guber
(compiladoras)**



CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

Escribir el padecer y padecer el escribir en los márgenes urbano

María Epele

En las últimas décadas, el sufrimiento social se convirtió en una de las columnas vertebrales de la mayoría de los estudios en Antropología de la salud. A diferencia de las perspectivas clásicas, subsidiarias de los lenguajes de la biomedicina y las disciplinas psi, el sufrimiento social se transformó en un marco generalizado y prometedor para abordar el padecer en su diversidad desde la Antropología y de las Ciencias Sociales (Kleinman, Das y Lock, 1997; Lock y Nguyen, 2010). Desde los primeros estudios del sufrir, sin embargo, no dejaron de acumularse problemas de diverso orden (Fassin, 2012). Entre ellos, ciertos malestares respecto a la escritura de las experiencias y narrativas de sufrimiento en poblaciones en los márgenes sociales urbanos de la región de Buenos Aires.

Partiendo del examen de los principales desarrollos sobre la escritura del siglo XX (Benjamin, 1991; Barthes, 1997 1997; Foucault, 1984 1984; Derrida, 1989; Clifford y Marcus, 1991), específicamente sobre los vínculos entre hablar, narrar y escribir, este trabajo busca problematizar la escritura sobre el padecer en la investigación etnográfica. A través del análisis de un caso de la investigación (2013-2017) sobre psicoterapias en los márgenes urbanos del Área Metropolitana de Buenos Aires, se exploran aquellas orientaciones principales en la escritura etnográfica del padecer, respecto a sus relaciones con las perspectivas dominantes y minoritarias en este campo de estudio (Deleuze y Guattari, 1975). Además, la interrogación sobre los modos de escribir acerca de los malestares analizados en estas poblaciones (dictado, instrumento, portavoz, mensaje de la botella, lógica artesanal) hace posible esclarecer los procesos (autorías, apropiación, mercantilización, reducción a lo mismo, etc.) que, a su vez, producen malestares en el desarrollo de su escritura etnográfica. A diferencia de los problemas ya clásicos en la escritura etnográfica en

general, en este trabajo focalizo en aquellos malestares que acompañan el escribir sobre el sufrimiento no solo en los márgenes urbanos de Buenos Aires, sino también en las periferias del capitalismo globalizado, en el sur global.

Teniendo este horizonte general, el artículo comienza con una viñeta en la que se abren al examen algunos de los modos de vivir y entender la escritura en el trabajo de campo. En segundo lugar, se analiza el modelo dominante de las relaciones entre el hablar y la escritura en las sociedades occidentales. Considerando la progresiva devaluación del arte de narrar y de la oralidad como régimen artesanal, se problematizan las escrituras en plural. En tercer lugar, se exploran los modelos en que la desigualdad social distribuye la oralidad y la escritura en términos de clase y de territorios sociales (Wacquant y Bourdieu, 2005; Rancière, 2010; Zizek, 2003). Basada en estas perspectivas, se diferencian las orientaciones generales en la escritura del sufrimiento y se exploran los diferentes modos de escribir, y de relaciones entre el hablar y la escritura que han surgido en el desarrollo de la etnografía. Finalmente, en lugar de privilegiar el modelo “único” y la toma de “una” posición, esta investigación señala la combinación y ensamble de diversos modos de vivir y entender la escritura con estas poblaciones.

La Escritura Artesanal

Algo se había convertido ya en un lugar común. Después de un año de investigación, las prácticas del decir, hablar, ser escuchado, escuchar, oírse-hablando, callar-diciendo, decir sin hablar, silenciar(se) y hablar sin decir, fueron tomando tal consistencia que impregnaron por completo, demasiado a mi gusto, el trabajo de campo sobre las psicoterapias en los centros barriales de salud. Mimetizando el trabajar con la palabra inherente a dichos tratamientos, estas acciones habían cobrado una solidez tal, que se me hacía ya difícil ver, a su través, otras prácticas, experiencias, otros problemas.

El encuentro con Miranda, sin embargo, conmovió esta agenda todavía frágil en la investigación. Algo de lo ya sabido, y que había sedimentado, fue desestabilizado por Miranda, principalmente las relaciones entre el hablar y la escritura, y los modos de escribir los malestares y sufrimientos en las etnografías en aquellas poblaciones marginalizadas de la región Metropolitana de Buenos Aires.

Me presentaron a Miranda. Una mujer de unos 54 años que había llegado al barrio desde el “interior del país cuando tenía unos veinte”. Al saludarme, Miranda con una expresión alegre y mirada despierta, me observó detenidamente, como

tratando de averiguar algo más. Después de un breve diálogo, consentimientos y descripción de mi investigación, Miranda fue la que, decididamente, rompió el hielo. Tratando de llenar lo que ella pensaba que eran mis expectativas, se adelantó e inició el diálogo –o algo parecido a un monólogo–. Antes que pudiera hacer el menor movimiento o pregunta, como un efecto secundario de la información sobre la investigación, ella irrumpió en una rápida, detallada y apretada descripción de su larga trayectoria de tratamientos. Terapéuticas de diferente tipo, mejores, peores, con psiquiatras y psicólogas, varones y mujeres, en hospitales, talleres en iglesias de curas o pastores, y psicoterapias en centros de salud. Se había tratado en diferentes hospitales y servicios de salud, incluso de diferentes áreas de la región metropolitana de Buenos Aires. En los últimos años, estaba solo con la psicoterapia, “la terapia en la salita” del barrio. En el mismo movimiento enunciativo y expresivo, Miranda también detalló algunos problemas, dificultades y angustias que podría denominar “biográfico-barriales”, lo colectivo y territorial en lo particular de su vida en el barrio. Categorizados en sus propios términos, o al menos apropiados por ella, se fue acumulando un repertorio heterogéneo de problemas: “ir y venir”, “trabajar con cama y las patronas”, “la vivienda y la propiedad”, “alfabetismo y escuela nocturna”, “tratamientos y charlas”, “los compañeros del barrio y la confianza”, “las estafas y engaños de dinero”, “emprender algo nuevo”, “el comedor”, “los vicios de alcohol y juego”, hasta modos de aliviarse y sentirse mejor, bien.

Con esta catarata de información, en parte ya conocida por mis investigaciones previas con estas poblaciones, parecía que había finalizado el primer encuentro con Miranda. Estos primeros encuentros, generalmente consisten solo en una presentación mutua, con demasiada información y ruidos, muchos todavía ininteligibles, al menos para mí. Sin embargo, después de tomar un respiro, Miranda “marcó la cancha”, con algo que se convirtió en el hilo conductor de nuestra relación: “yo no soy analfabeta” me dijo abruptamente, “mi mamá no sabía ni leer, ni escribir. Eso le trajo problemas, y a mí también (...) De nena, fui a la escuela pocos años, nada más. De grande, sí”. Al decir que de chica le costaba mucho leer, entender lo escrito, decía que “era quedar afuera, afuera de todo”. “Y ahora me encantaría terminar... aprender bien a usar la computadora”.

Como si la suerte estuviera echada desde el primer encuentro, cuando Miranda leyó en el consentimiento que yo iba a escribir sobre lo hablado, tanto el escribir, como los vínculos entre el hablar y el escribir dieron cauce a nuestra relación. Con cierta experiencia en etnografías en estos contextos sociales, puedo decir que el tema de la escritura acerca de lo vivido, lo hablado, escuchado y sentido asumía diferentes formas en la investigación. Primeramente, la escritura regular de las notas de campo, se entiende como un registro literal y reflexivo de las experiencias, y sus articulaciones con otros textos, etnografías y teorías. Además, las traducciones entre lo vivido y lo escrito se corresponden con diversos procesos (de autoría, de

legitimación, de estilo, etc.) en la escritura del material etnográfico. Finalmente, se agregan los ajustes a los que debe someterse el proceso de escribir con el fin de conservar la confidencialidad y el resguardo del anonimato de los participantes.

A diferencia de los clásicos problemas de la escritura etnográfica, y rompiendo los modelos clásicos de la distribución de lo oral y lo escrito, la escritura y el escrito atraviesan la vida cotidiana de estas poblaciones. El privilegio de las producciones orales en el registro etnográfico, en ocasiones, hace invisibles los modos en que las escrituras, la lectura, las grafías en general (desde libros hasta grafitis), se entran con lo cotidiano. Por un lado, leer y escribir, la lectoescritura en general, se convierte en un síntoma no solo de los niveles de su escolaridad. También condensa el capital y movilidad social corporizada (ascendente y descendente), eso que se lleva puesto, hecho carne. Por el otro lado, a los diferentes tipos de textos expertos e institucionales, (documentos en general, normativas laborales, historias clínicas, prescripciones médicas, documentos legales, etc.), se le agregan los de circulación masiva (diarios, libros, revistas, internet, etc.) y un repertorio de prácticas que integran textos y escritos (cantar, oraciones religiosas, talleres, anotaciones, etc.).

Sin embargo, el saber que algo de lo compartido conmigo iba a ser escrito en un texto, fue adquiriendo con Miranda una relevancia inédita e inusual, participando y modulando lo vivido y lo dicho, aquello que sería susceptible de ser escrito en otro lugar, en la academia. En algunas ocasiones me daba indicaciones, medio en broma o exagerando el punto, sobre qué hacer con lo que ella decía. Si, por ejemplo, hablaba de una vecina con un sesgo crítico, agregaba “esto no lo escribas”, riéndose, con algo de ironía. En otras, cuando hablaba del problema de un conocido con, por ejemplo, adicciones o problemas de enfermedades infecciosas, me comentaba que esto era común acá en el barrio, “esto entre nosotras”. Otras veces, remarcaba algo así como: “tengo algo para contarte, anotá esto, es para una película”. Otras veces, remarcaba algo como importante para que otros, fuera del barrio, “para que se enteren como es, no se equivoquen, sepan”. La mayoría de las veces, sin embargo, aunque nada era explicitado sobre el escribir, la escritura estaba presente, ya sea por tomar alguna nota, por grabar, o por simplemente, en algún gesto o mirada cómplice. A la sombra de la escritura, el hablar mismo se iba transformando en otra forma de registro, que participaba y modelaba las experiencias y tamizaba aquello traducible a lo escrito.

Ese día, un miércoles de pleno verano, algo cambió. Hacía tiempo que no la veía. Miranda al hablar, fue deshaciendo lo narrado con anterioridad a este encuentro. Recién llegaba de viaje, “del norte”. Mientras entraba en su casa, me decía que

estaba cansada. Aunque hacía dos días que estaba de vuelta, Miranda todavía estaba cansada, "muy cansada". Esta vez, algo en su cara era diferente. El rostro agradable y amable, tenía ese día rasgos marcados, en el espectro de los grises. Las líneas de expresión duras y rígidas dibujaban cierto malestar. Al llegar se había encontrado que sus hijos se venían "patinado todo", por lo que venía trabajado en el servicio doméstico. Todos con problemas. Silencio y respiración profunda. "Escribí", me dijo,

"Me vine acá, por trabajo. Digo por trabajo, para una vida mejor, digo. Estábamos mal, pobres, no tenía salida. Me vine. Dejé primero mis hijos allá. Me los traje, cuando ya tenía un lugar. (...) Cada vez que vengo, que vuelvo... allá y acá, me quedo mal, me agarra... Pero no puedo, no termina. Vengo con Rosario (la psicóloga), para hablar de esto, que no hablé. Charlar con alguien, charlar... Me siento muy... muy sola... Necesito alguien para charlar... Tengo que venir".

Ese día hacía tanto calor que nos fuimos a la placita que quedaba cerca de su casa. Por la temperatura, el calor en su casa era sofocante. Mientras tomábamos agua, ella me comentaba las trabas que había tenido para su nueva casa, pero que ya la tenía: "No estoy acostumbrada a vivir en una casa de material. Siempre chapa, siempre chapa... nos vamos a acostumbrar".

Ya respirando aliviadas, y a la sombra, le pregunté pausadamente a Miranda que más quería que escribiera. Después de tomarse un respiro, me dijo: "Le di a mis hijos lo que no había tenido yo, tanto trabajo, pero salió mal. Tantas cosas me faltaron". Como una suerte de mensaje en la botella, estos dichos decían que sus modos de aliviarse no la habían sanado, reparado de tanto sufrido. Estos dichos de Miranda acentuaban el carácter abierto e incierto en lo que alguien dice, sin modular la expresión por lo que otros reciban, ya que estos son desconocidos, lejanos e incluso no existen.

Acompañando un movimiento decidido de Miranda de alejarse de la sombra del sufrimiento, aunque sin todavía poder, como en otras oportunidades, cambiar de tema o ponerle algo de humor, Miranda agregó: "Estoy buscando todavía aprender cosas nuevas, con mis nietos".

Miranda decía, y sentía, acerca de sus dolencias diferentes cosas. Algunas ya añejas, en ocasiones eran ubicadas por Miranda a distancia, con nombres cuasi expertos. En otras, se hacían tan cercanos que no se los podía nominar, objetivar, la invadían en afecto puro, como si se vivieran en tiempo presente. A

diferencia de los nervios y sus ataques que capturaron la escena de las barricadas locales de los setenta y ochenta, en las últimas décadas las disciplinas *psi* capturan el sufrir en estas poblaciones en términos de “trastornos” (de personalidad, sociabilidad, consumo, sueño, etc.), “violencia”, “psicosis”, “depresión”, “abusos”, “borders”, entre las principales. Sin embargo, había un acumulado de malestares en Miranda, como en la mayoría de las personas que viven en el barrio, que se expresaban en términos corporales y cotidianos: de “carga”, “peso”, “opresión”, “cansancio”, “sin salidas” y “encierros”. Estos malestares sin nombre propio son algo que exudan las experiencias y expresiones de la marginación social y territorial que se multiplicó y diversificó en Argentina en las últimas décadas. Hablar, decir y escribir sobre estos malestares no es nada simple. En el desarrollo del hablar y escribir se producían otros malestares que llegaban a interpelar la escritura misma, su poder de resolución y traducción para otros, de algo vivido por algunas como Miranda, compartido conmigo y enviado a otros lugares no muy lejanos, ni muy cercanos.

Desde un primer momento, la escritura se convirtió en un elemento principal en mi relación con Miranda, algo muy poco común en el trabajo de campo. Es decir, *el escribir y la transformación del hablar en texto* asumían diferentes formas que estaban, volvían y revolían nuestros encuentros, diálogos y experiencias compartidas. Casi inadvertidamente, y en diferentes momentos de nuestra relación, la escritura asumía ecuaciones que las he diferenciado con nombres específicos: ya sea bajo la forma de *instrumento*, una *herramienta* (medio para el fin), el *dictado* (transcripción literal de lo dicho en escrito), de *portavoz* (escribir alguien en lugar de otro, en este caso de ser alguien que porta la voz de otra) o una suerte de *un mensaje en la botella* (decir o escribir algo incluyendo lo incierto de la posibilidad y el modo de recepción). Estos modos de transformar el *hablar en escribir* no eran extranjeros o lejanos. Miranda participaba en ellos activamente, como algo conjunto, compartido conmigo. Estas versiones de la escritura, incluso aquella clásica *disociación entre lo oral y lo escrito como órdenes simbólicos irreductibles y excluyentes*, fueron adoptando diversos rostros y teniendo niveles de relevancia en diferentes momentos de la investigación.

Sin embargo, estas formas de relacionar el hablar y el escribir están lejos de ser “todo”, el repertorio completo en estos contextos sociales, ni busca serlo. De alguna forma, este trabajo busca capturar la lógica que incluye estos diversos modos de vincular o traducir entre lo vivido, lo hablado y lo escrito en el trabajo etnográfico. Para ello es necesario explorar e interrogar los pre-

supuestos y perspectivas que modelan, y cuestionan, nuestros modos de ver, entender y vivir la escritura, a la luz de sus relaciones con las producciones orales en los márgenes sociales urbanos de Buenos Aires.

Hablar, Narrar y Escribir

La escritura, y sus vínculos con el hablar y la palabra, ha tenido una larga y sinuosa genealogía en Occidente. En este sentido, los modelos tradicionales, explicitados principalmente en la lingüística (Saussure, 2005 [1913]), privilegian la palabra hablada frente a la escritura, ya que consideran que las raíces de la lengua son orales: la voz y el sentido se entran solo en la palabra dicha. Las grafías serían secundarias, extranjeras y exóticas respecto de la lengua: *la escritura en general sería una representación del habla*. Por lo tanto, escribir se correspondería con la forma del *dictado*, una *notación* literal, lineal y mimética de la cadena hablada, que tiene implícito un modelo de la relación entre las palabras y las cosas. Como un recurso mnemotécnico, un sustituto durable y refinado de la memoria oral, la escritura introduciría algo nocivo a la lengua, cuya plenitud residiría exclusivamente en la palabra dicha.

Por un lado, este tipo de relación entre la palabra y la escritura encuentra su fundamento en la articulación entre *el logo-fono-centrismo y la metafísica de la presencia* (Derrida, 1989), de aspiraciones universales y eternas en Occidente. Esta noción de escritura que Saussure (2005) explicita, por ejemplo, se corresponde con el privilegio de los sonidos emitidos por la voz, ya que son ponderados en su proximidad inmediata con el "alma", es decir, la intimidad entre *la voz y el ser*, a través del ensamble entre el sonido, la voz, el oído, el aliento y la palabra. La ontología que, remontándose a la antigüedad, postula la proximidad absoluta entre "*alma, voz y palabra*", hace referencia a una *palabra plena, inmediata y en presencia*, que hace del sentido del ser como presencia y el sentido del lenguaje como *habla plena*. Por lo tanto, la palabra escrita sería solo el *símbolo* de la palabra emitida por la voz. Esta perspectiva confina a la escritura a una función instrumental y secundaria, una *técnica al servicio* del lenguaje hablado. La mirada de la escritura como algo subsidiario de la palabra hablada, está edificada y reproduce las oposiciones entre naturaleza e institución, sensible e inteligible, alma y cuerpo, abstracto y concreto.

Desde otra perspectiva, la oralidad es examinada por Benjamin (1991) a través del acto de narrar, como modo de intercambiar experiencias, en términos

de facultades inherentes a la sociabilidad. Las narraciones tienen como origen *las experiencias transmitidas de boca a boca*, principalmente de otros lugares y otros tiempos, las que ya estaban sometidas a una rápida devaluación y clara desaparición en las primeras décadas del siglo XX. Desde esta mirada, el acto de narrar está inmerso en la lógica artesanal, un arte con un saber o sabiduría indisociable de los materiales de la vida y que supone la coordinación de palabras, ojos, manos, almas, tanto en el que habla como en el que escucha. La lógica artesanal del narrar tendría un ritmo, una temporalidad, que estaría marcado por el ritmo de otras actividades (ej. trabajar, tejer, etc.). Como lógica artesanal de comunicación, invita a otros a sumergirse en la vida del narrador, aunque la narración no tiene un extra de inteligibilidad, carece de explicaciones o interpretaciones psicológicas: el lector tiene que arreglárselas por sí mismo con lo ocurrido, haciendo de lo incierto en la lectura una parte inherente del narrar. Además, esta inmersión de otros incluye la posibilidad de reproducción oral, la propagación boca a boca, en una temporalidad que se resiste al resumen y el utilitarismo.

Con la creciente importancia de la escritura periodística y de libros, la narración ha sido desplazada por la novela, ya no transmitida oralmente e inmersa en la vida cotidiana, sino escrita y sujeta a la lógica de la literatura impresa: individual en su producción y recepción. La novela como texto impreso se articula con la lógica del capitalismo, en la que se privilegia la circulación de la información. Mientras que la narración de otros lugares y tiempos, adquiere una autoridad vinculada a la vigencia y al carácter testimonial de la experiencia, la información es elaborada en un radio de proximidad, ya que debe ser sometida a control y verificación, en su estatuto de realidad. Al mismo tiempo que desaparece la narración, desaparece la comunidad y la sociabilidad particular que la acompaña.

Para mediados del siglo XX, mientras estas perspectivas alcanzaron sus niveles de mayor legitimidad, las revisiones críticas de los modelos tradicionales comenzaron a adquirir sus niveles mayores de sofisticación. Por un lado, la escritura fue interrogada desde la lectura, la crítica y la literatura como modos de escribir. Barthes (1997) examina diferentes tipos de escrituras (intelectual, realista, política, poesía, etc.) y a través de las convenciones que producen diferentes *regímenes de facticidad y ficción* que atraviesan los modos de escribir, ya que no existe una escritura natural, neutral o dada. Los modos de escribir y los grados de libertad para la escritura se corresponden con sus contextos

históricos de producción, clases sociales de pertenencia, modos socialmente adecuados de hablar, desigualdades respecto de las etapas de acumulación del capital, o crisis económico-políticas.

Por otro lado, al interrogar el privilegio de la palabra hablada, la escritura en sentido estricto, usual, es también cuestionada. Profetizando la muerte del habla plena, Derrida (1989) sostiene que el movimiento de la escritura fonética, alfabética, se corresponde con una etapa de evolución de la moneda comercial y al *modo de producción capitalista* (Levi Strauss, 1988). La deconstrucción del logo-fono-centrismo, se corresponde con hacer visible ciertas micro-lógicas que fundan la ontología del hablar y del escribir. Partiendo de esta perspectiva, se hace posible cuestionar y desmantelar tanto la lógica que hace de la escritura el suplemento de la palabra hablada. Además, el *ensamble de manos, sentidos (sensibles y significados) y miradas*, como dinámica de la escritura en sentido estricto, como notación o técnica, es insuficiente en su abordaje más general. Con la importancia de privilegiar la *huella en su materialidad*, Derrida hace de las grafías y del habla partes de una escritura en un sentido lato, que extrañada respecto de la voz abre una diversidad de registros que generalmente son excluidos de su dominio (cinematográfica, pictórica, musical, etc.).

Al explorar –y cuestionar– estos modelos clásicos que han dominado nuestras relaciones con el hablar y el escribir, se abren no solo otros modos de vivir, hablar y escribir en su diversidad. También, hacen posible otros modos de articular los vínculos entre lo oral, lo escrito y problemas sociales que atraviesan los estudios en poblaciones marginalizadas.

La Economía Política de la Escritura

Las tensiones entre los órdenes orales y escritos han participado, explícita o implícitamente, en los análisis en Antropología y en Ciencias Sociales, acerca de los modos de vivir y pensar en las clases trabajadoras y marginadas en las sociedades occidentales.

En las perspectivas más clásicas –y no tan clásicas– la división entre lo oral y lo escrito, sin embargo, va más allá que el mapa de las acciones de hablar y escribir. La disociación entre lo oral y lo escrito involucra la división entre trabajo manual y mental, de producción y de pensamiento, que se correspondería

con la dualización de la sociedad, entre las clases trabajadoras y las clases medias o elites. Entre la mirada de la oralidad como patrimonio exclusivo en el dominio popular, clases trabajadoras o marginalizadas, de genealogía antigua y eficacia no verificable, por un lado; y aquella que la convierte en conjunto de acciones políticas a través de discursos y tomas de la palabra, por el otro, existe un amplio repertorio de argumentos que anudan en estos espacios sociales la palabra y la escritura de modo diverso.

En los abordajes marxistas clásicos se sumerge a las clases trabajadoras en un zócalo ideológico, cuyos recursos simbólicos harían imposible elaborar modos propios de pensar y de vivir que confronten la dominación, sin el soporte de otros saberes y ciencias no locales. Estas geografías simbólicas, por lo tanto, privilegian la oralidad entre los trabajadores. Por otro lado, las perspectivas que, celebrando las culturas populares, abordan las costumbres, en este caso atravesadas por la oralidad, no como reliquias, vestigios o supervivencias, sino como actos y acciones idiosincráticas de modos de vida, de resistencia y reivindicación de derechos (Thompson, 1995). A diferencia de la mirada histórica oficial, que ubica a la costumbre atravesada por la transmisión oral en oposición a la educación ilustrada fundada en la lectoescritura, estas perspectivas hacen de las culturas plebeyas, el trabajo en oficios y su sociabilidad: las fuentes de su pensamiento y de sus modos de vida.

De acuerdo con Rancière (2010), estas perspectivas y posiciones hablan también, o principalmente, de los modos de ser y de pensar de estas poblaciones respecto de la dominación que los sujeta: o bien pueden resolverla por sí mismas, o bien dependen de recursos culturales y del pensamiento de otros. Este autor afirma que ambas participan de una perspectiva para la cual estas poblaciones no pueden salir por sí mismas de los modos de ser y pensar que los dominan, y para llevar a cabo esta tarea no deben apropiarse de culturas y modos de pensar de otros. Siguiendo a este autor, considerar tanto la falta de tiempo como la "inferioridad" de los recursos simbólicos, ya sea por vía de la desvalorización o de la celebración de lo auténtico, forzarían a los trabajadores a un modo de pensar que les es propio, que se corresponde con su modo de vida, y que, sin embargo, reforzaría la dominación sobre ellos. Incluso en Bourdieu (2005), las lógicas de violencia simbólica señalan que los propios actores sociales quedarían sujetos a sus dinámicas, des-conociendo dicha lógica, y que solo desde un lugar ex-céntrico, del intelectual, se haría visible e inteligible.

Contestando la división entre dos tipos de trabajo, de producción y de pensamiento, oral y escrito, Rancière hace su objeto de análisis aquellos trabajadores que hablaban, leían, se reunían y armaban asociaciones, escribían textos, folletos y poesía: estos trabajadores son entendidos como seres anfibios que atraviesan diferentes mundos y culturas que conformaron, hicieron posible el movimiento obrero, ya que rompieron la distribución dominante entre lo sensible y lo inteligible en el espacio social. Confrontando el supuesto de la oralidad generalizada en estas poblaciones, el análisis de la lectoescritura obrera revuelve estos dualismos y distribuciones. También, y principalmente, la toma de la palabra, los modos de hablar social y colectivamente que exceden aquellas prácticas inmersas en los modos de vida y de ser “adecuados” al lugar que ocupan en el reparto social (Rancière, 2010).

Escribir Siguiendo la Corriente

En la escritura etnográfica sobre malestares en aquellas poblaciones que viven en los márgenes urbanos, confluyen las dimensiones analizadas en los apartados anteriores: el desmantelamiento del modelo universal de plenitud en la palabra hablada; el cuestionamiento de las diferencias, jerarquías y distribuciones entre la oralidad y la escritura en diferentes sectores y territorios sociales; la devaluación y marginación de la actividad de narrar como lógica artesanal que guardaría correspondencia con el mundo del trabajo y la vida; la revisión de la valoración social, cultural y política de los modos de pensar y vivir, a la luz de su estatuto de realidad y para modificar la dominación a la que estas poblaciones están sujetas.

Cuando focalizamos en la escritura etnográfica de las últimas décadas, sin embargo, se hace posible reconocer cuatro orientaciones principales, atravesadas por cuestiones epistémicas, ontológicas, políticas, económicas y geo-políticas. Dichas orientaciones, sin embargo, se diferencian por privilegiar ciertos problemas en la escritura etnográfica. Por un lado, está el problema de la traducción de los registros (oral y escrito) en la escritura etnográfica. Por el otro, se encuentra el problema de las relaciones entre lo oral y lo escrito tanto en las mismas poblaciones con que se trabaja, en el desarrollo del trabajo de campo y su resolución en la escritura etnográfica.

En primer lugar, encontramos el modelo clásico de escritura etnográfica surgido de las entrañas mismas de la tradición iluminista-empirista y cuyo prin-

El principal problema consiste en traducir lo desconocido en conocido, lo extraño en familiar, lo lejano en próximo y lo oral en notación alfabética. El abordaje consiste en descubrir, en salir y encontrar lo que ya está ahí afuera, en este caso los malestares, dolencias y sufrimientos. Desde esta perspectiva, la creciente importancia del sufrimiento social en las sociedades occidentales se corresponde con la multiplicación y diversificación de las experiencias de padecer. Como una suerte de cosecha de dolencias en sistemas de categorías, generalmente expresadas en términos nativos, la relación entre las palabras y los sufrimientos, esta cartografía de las superficies le da un estatuto de facticidad, de realidad a los malestares y sufrimiento. Por lo tanto, escribir sobre el sufrimiento se convierte en re-presentar, respetando en escala los dichos y experiencias de otros y las observaciones de las experiencias.

En segundo lugar, encontramos la perspectiva ya clásica, la crítica etnográfica no solo de los materiales de campo (diarios, notas, estilos de escritura, etc.), sino las retóricas antropológicas (Geertz, 1989; Clifford y Marcus, 1991), que se corresponden con los contextos histórico-epistémico-políticos de producción de textos. Privilegiando los discursos y categorías expertas, los modos de autoría, las narrativas, los modos de expresión y de escritura de los padecimientos, sin embargo, margina algo no menor: el problema de su realidad, de su facticidad. Por lo tanto, la creciente importancia del sufrimiento en los discursos sociales, académicos y políticos, no necesariamente tienen que expresar un incremento en las experiencias del padecer, sino principalmente una mutación en las lógicas simbólicas, discursivas y políticas en el capitalismo global contemporáneo. Actualizando aquella tradición filosófica que problematiza las condiciones de posibilidad de saber y sentir sobre el sufrimiento de otros, la crítica etnográfica del padecer ha privilegiado ofrecer cierta inteligibilidad a través del ejercicio reflexivo, sobre las categorizaciones, discursos y políticas que incluyen el sufrimiento. Desde esta perspectiva, escribir sobre el padecer no es un proceso simple: supone trabajar con registros textuales, es decir, las narrativas, discursos, sistemas de categorías legas y expertas sobre las experiencias de padecimientos.

En tercer lugar, podemos identificar entre los modos de escribir sobre el sufrimiento la orientación económica y política. Estas perspectivas parten de una disociación entre las experiencias del padecer el saber y reconocer dichas experiencias como dolencias a través de los recursos simbólicos locales, legos, propios, disponibles para los mismos sujetos y las poblaciones en cuestión. Desde estas perspectivas, los nativos o las poblaciones no solo desconoce-

rían los procesos de dominación, es decir, los orígenes sociales, políticos y económicos de sus propios malestares, sino también, carecerían de recursos simbólicos o los que disponen no serían adecuados para poder reconocerlos, expresarlos y modificarlos. Por lo tanto, la investigación del sufrimiento social desde estas perspectivas supone acciones que, como el excavar y el develar, suponen niveles de profundidad o diferentes velos que ocultan aquello fácticamente más verdadero o real. En el amplio repertorio de perspectivas que incluye esta orientación (marxistas ortodoxas, heterodoxas, gramscianas, bourdieuanas, etc.), escribir sobre el sufrimiento, incluye una suerte de arbitraje sobre el grado de des-conocimiento del estatuto de saber y del grado de entendimiento de los propios actores sociales sobre sus experiencias y prácticas. El des-conocer y el mal-entender dominan los procesos de inteligibilidad y de escritura incluso del sufrimiento colectivo y subjetivo, salvo para el etnógrafo que contaría con el andamiaje teórico y metodológico para identificarlos y objetivarlos (Wacquant y Bourdieu 2005, Mignolo 2002).

Por lo tanto, estos diversos modos de escribir sobre el padecer, adolecen de cierto sesgo en la escritura, de escribir siguiendo la corriente, es decir, se corresponden y se subsumen a las ecuaciones teóricas legitimadas que hacen de los sufrimientos un objeto más, dentro de un amplio repertorio de problemas. Si bien los registros del trabajo de campo son reconocidos en su particularidad y en su materialidad (oral, textual, lectura, etc.), son sometidos a procesos que los transforman en escribibles, que no son idiosincráticos del padecer, sino comunes a las escrituras etnográficas en general. Es decir, los problemas, enigmas, vacíos, tensiones, paradojas y desafíos en las escrituras de los padecimientos, se corresponden con los poderes de resolución de las aproximaciones teóricas que las subsumen. Al resolver de forma homogénea las encrucijadas del sufrir con otros problemas de estudios, estos modos de escribir, aunque gozando de sofisticación teórica y rigor metodológico, permiten adivinar y hacer previsible las estructuras, los recorridos, modos de resolver y concluir los textos etnográficos.

Escribir Contra Corriente

Hay otros modos de escribir sobre el sufrimiento. Existe un repertorio amplio y variado de estudios que han modificado los modos de relacionar escritura, sufrimiento y etnografía en el campo de la antropología de la salud (Biehl, 2005). "Los padeceres" se corporizan en geografías económicas, políticas y

simbólicas, asumen diferentes rostros mutantes en el tiempo, en un devenir textual, en el que participan activamente no solo las experiencias, narrativas y escrituras, expertas y legas de los propios actores. También, las intervenciones del etnógrafo en el desarrollo mismo de la investigación (Epele, 2013).

Inaugurando ya no estilos, modelos u orientaciones, estos modos de trabajar la escritura se caracterizan por una textura compleja, hecha de materiales heterogéneos (teorías académicas y legas, prácticas, reflexividad local, observaciones, etc.), en diferentes escalas (generalizaciones, casos, experiencias colectivas y subjetivas, etc.), con diferentes niveles de literalidad, con posiciones móviles, flexibles y modificables tanto de los actores sociales como de los etnógrafos, y sin aspirar a dar un cierre textual final, completo, previsible. Además, se le agregan ciertas regulaciones éticas que, en Antropología de la salud, modulan, desde las últimas décadas, las investigaciones y sus resultados.

La relación con Miranda, al menos los fragmentos que constituyen la viñeta del trabajo de campo y que inicia este artículo, expresa las diferentes experiencias, prácticas y perspectivas sobre: a) el hablar y la escritura, b) las traducciones y transformaciones de una en otra, c) las regulaciones e intervenciones sobre que decir y escribir, d) la coexistencia, superposición y sustitución de las diferentes posiciones respecto al hablar y al escribir en el desarrollo del trabajo de campo, e) la incertidumbre para los participantes, incluso para la etnógrafa acerca del texto final.

Como se hace legible en la viñeta, en la relación con Miranda escribir y transformar el hablar en escritura incluía un repertorio variado de acciones, prácticas, técnicas, teorías y apreciaciones. En algunas ocasiones, para Miranda la escritura era una cuestión evidente en la que participaba activamente conmigo. En otras, la escritura pasaba más desapercibida e incluso se desdibujaba por completo en el trabajo de campo. Por momentos, la escritura se convertía en un dictado, en una transcripción directa y transparente de lo oral en lo escrito. En otros momentos, la escritura era una suerte de instrumento general, una herramienta que mecánicamente traduce lo que se dice en textos para otros, a través de alguien que escribe, un intermediario. Por momentos, sin embargo, el proceso asumía la ecuación del portavoz: la voz como materia oral animada convocaba, a través de una re-presentación corporizada en otros, la delegación a otros de la enunciación para que este movimiento lo amplifique y diversifique la llegada y las lecturas. Por último, encontramos la forma del mensaje en la botella, en la que la escritura se cubre de incertidum-

bre, no desde el costado de la traducción de lo oral y lo escrito, sino sobre la llegada y la lectura por parte de otros, siempre desconocidos. Por último, en la mayoría de los encuentros con Miranda, la cuestión de la escritura se desdibujaba, ya sea como algo disociado de la experiencia vivida recubierta de oralidad, ya sea como algo domesticable, instrumental o incierto. Cuando nos dejábamos simplemente estar, las agendas quedaban entre comillas, la voluntad de decir y la urgencia de escribir quedaban marginadas, emergían otras lógicas de las relaciones entre lo oral, lo corporal y lo escrito.

Al focalizar en el problema del sufrimiento, estos modos de hablar, narrar y escribir incluyen procesos que tienen relevancia y dan forma a las ecuaciones que vienen dominando su escritura: formas de experiencia del sufrimiento, modos de expresar y decir el padecer, ecuaciones de escribir del sentir el dolor de otros, modo de traducir lo oral en lo escrito, formas de regulación y restricción de la información escribible, entre las principales. Además, hace posible cuestionar, eludir y excluir aquellos procesos que han sido sometidos a revisión crítica en la literatura contemporánea: apropiación del sufrir de otros, expertización (médica, psi, etc.) de los modos antropológicos de escribir el padecer, objetivar el sufrir a través de la escritura en detalle del dolor y padecer, exponer en la academia aquellas particularidades íntimas del padecer para convertir en prueba el grado de proximidad lograda por el etnógrafo en el trabajo de campo, entre las más extendidas.

Este repertorio de acciones, modulaciones y regulaciones de estructura incierta y final abierto, convierten –y devuelven– a la escritura en una lógica artesanal, un ensamble hecho de materiales heteróclitos, y que asumen devenires textuales que no son previsibles, ni se alinean con grandes corrientes dominantes sobre el sufrimiento. El carácter artesanal de esta escritura refiere a una lógica de poder, a escribir contra corriente. De acuerdo a Deleuze y Guattari (1975), esta orientación en el escribir produce literaturas menores o minoritarias, siendo este carácter menor algo diferente a lo marginal, desviado o estadísticamente poco representativo. A diferencia de la escritura tradicional que se corresponde con la orientación regular, normativa dominante, este efecto menor, minoritario refiere a su carácter revolucionario. Esta escritura menor siempre es política, es decir, trabaja con la demolición y el desmantelamiento calmo por parte de una minoría, de las formas y categorías que determinan lo mayor, lo dominante, lo reconocido, lo legítimo y legalizado. Es decir, esta escritura abre nuevas avenidas de los sentidos, inéditas economías de vida y muerte, escrituras y lecturas que, simultáneamente, van barriendo

los senderos y rastros que nos arrastran hacia las viejas topografías, a lo domesticado, ya conocido, a lo dominante, a más de lo mismo.

Las Políticas de la Escritura

Desde un principio, Miranda me dejó algo en claro: escribir es un problema. No solo desde su genealogía familiar, que la convertía en la primera en ir a la escuela. Principalmente, la lecto-escritura definía geografías barriales, específicamente la pertenencia a ciertas minorías migrantes que, atravesadas por el analfabetismo, eran sospechada, y estigmatizadas de una suerte de ceguera social. Este es el contexto de experiencias en el que la escritura, en este caso etnográfica, emergió como un tema con Miranda, con sus acciones decididas la hizo visible, cambiante, un desafío. Además, las tensiones locales y particulares entre lo oral y lo escrito, entre el hablar, el narrar y escribir se exponen con una claridad meridiana a la luz del examen de los tratamientos centrados en la palabra en los márgenes urbanos de Buenos Aires.

Sin embargo, esta situación no se convierte en general ni mucho menos en universalizable. A diferencia de las etnografías en países euro-norteamericanos, la escritura artesanal que se corresponde con márgenes y periferias está modelada por: la proximidad geográfica, social y territorial; el estar afectados por ciertos procesos económicos y políticos regionales y locales; la cercanía social y espacial entre los textos y los sujetos de los que se habla, modulan la escritura etnográfica y amplifican sus mal-entendidos. Más específicamente, la participación de las etnógrafas exacerba las tensiones en estos contextos sociales: con Miranda y de mi mano, la escritura adquirió una consistencia que, en otras circunstancias, pasaría más desapercibida. Por lo tanto, escribir contra corriente sobre los padeceres en estos contextos sociales, agrega formas de padecer la escritura, ya que aumenta los niveles de complejidad y de incertidumbre, evitando la reproducción de diversos procesos (apropiación, mercantilización, etc.) en la textualidad.

Para finalizar, entre los malestares al escribir sobre los malestares de otros quisiera detenerme en el problema de la autoría. La autoría viene siendo un lugar común en el repertorio de tensiones de la escritura etnográfica y con amplias resonancias corporales, políticas, éticas y estéticas. Estoy haciendo referencia a los gestos corporales que anudan palabras, sonidos, cuerpos co-

lectivos y subjetivos, voces, manos y miradas, en unas pocas letras, al escribir sobre el sufrimiento de, sobre, con, en lugar de, otros. Lejos de tratar de diluir la autoría etnográfica para agradar a la crítica académica, socializar la responsabilidad a través del recurso de lo que otros dicen, o buscar convertir en términos populares dilemas académicos, el trabajo etnográfico no solo ensambla diferentes materiales, voces, miradas, teorías legas, diagnósticos expertos y sentidos inciertos.

En lugar de aquellas escrituras que siguen la corriente, es decir, que se corresponden con modelos legitimados del padecer, de escribir sobre los malestares y de distribuciones respecto a la autoría, la escritura contra corriente y menor no es ni individual ni colectiva. La política contra-corriente y minoritaria, es sensible a las transformaciones que en los márgenes sociales y territoriales produce las modificaciones del capitalismo contemporáneo en las periferias. Es decir, incluye movimientos y deslizamientos entre diferentes posiciones bajo una lógica que extrae de lo vivido aquellas huellas (orales, escritas, acústicas, etc.) dignas de ser transformadas en materiales escritos. Huellas (materiales, corporales, sensibles, etc.) que conmuevan las mayorías textuales que, a su vez, reproducen y producen más de lo mismo, y solo en ocasiones bajo diferentes apariencias.

Referencias bibliográficas

- Barthes, R. (1997). *El Grado Cero de la Escritura y nuevos ensayos críticos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Benjamin, W. (1991). *Iluminaciones IV. Para una Crítica de la Violencia y Otros Ensayos*. Madrid, Taurus, pp. 111-135.
- Biehl, J. (2005). *Vita. Life in a Zone of Social Abandonment*. Berkeley: University of California Press.
- Clifford, J. y Marcus, G. (eds.) (1991). *Retóricas de la Antropología*. Madrid: Jucar Editorial.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1975). *Kafka, toward a Minor Literature*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Derrida, J. (1989). *La Escritura y la Diferencia*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Epele, M. (2013). "El tratamiento como palimpsesto. Cuando la medicalización se convierte en crítica políticamente correcta". *Cuadernos de Antropología Social*, 38, 7-31.
- Epele, M. (2016). El Hablar y la Palabra: Psicoterapias en los Márgenes Urbanos de Buenos Aires. *Revista Antípoda*, 25, 15-31.
- Foucault, M. (1984). ¿Qué es un autor? *Dialéctica. Revista de la Escuela de Filosofía y Letras*, 16, 51-82.
- Fassin, D. (2012). *Humanitarian Reason. A Moral History of the Present*. Berkeley: University of California Press.
- Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Barcelona: Editorial Paidós
- Harvey, D. (2004). *El nuevo Imperialismo. Acumulación por desposesión. Socialist Register*. Buenos Aires: CLACSO.
- Kleinman, A., Das, V. y Lock, M. M. (eds.) (1997). *Social Suffering*. Berkeley: University of California Press.
- Levi Strauss, C. (1988). *Tristes Trópicos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lock, M. y Vinh Kim, N. (2010). *An Anthropology of Biomedicine*. Oxford: Wiley-Blackwell.

- Menéndez, E. (1992). *Morir de Alcohol. Saber y hegemonía médica*. México: Alianza Editorial.
- Mignolo, W. (2002). The Geopolitics of Knowledge and the Colonial Difference. *SAQ 101(1)*, 56-96.
- Rancière, J. (2010). *La Noche de los Proletarios. Archivos del Sueño Obrero*. Buenos Aires: Ediciones Tinta Limón.
- Saussure, F. (2005). *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires: Losada.
- Thompson, E. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona: Crítica.
- Wacquant, L. y Bourdieu, P. (2005). *Una invitación a la Sociología Reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Zizek, S. (2003). *Ideología. Un Mapa de la Cuestión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Este libro es el resultado de un encuentro realizado en agosto del 2017, entre ocho antropólogas, para exponer, dialogar y pensar sobre ciertos malestares que emergen de etnografías llevadas a cabo en nuestras realidades desde orientaciones y sobre temáticas diversas. Los malestares que nos ocupan en estos textos emergen y son modelados al ritmo de la investigación de ciertos problemas, las genealogías académicas locales, las coordinadas socio-culturales, las economías de marginación y desposesión que el capitalismo periférico produce. Los capítulos del libro cartografían ciertos nudos problemáticos que atraviesan las etnografías locales: las nociones teórico-políticas que orientan los horizontes de la investigación; los malestares relativos a procesos económicos y políticos vinculados al capitalismo contemporáneo; la conceptualización en el trabajo de campo y en el análisis; la productividad de los malentendidos y equívocos en la modificación de nuestros modos antropológicos de entender; la co-laboración y confluencia entre agendas académicas y de organizaciones sociales; el trabajo colaborativo entre diferentes antropólogos en una misma investigación; los alineamientos con modelos académicos dominantes, y el desarrollo de propuestas minoritarias respecto a ellos.

A través de esta exploración dialógica, examinar las investigaciones en términos de mal-estares busca devolver estas incomodidades a las realidades, cuerpos y contextos de vida de los que emergen, con el objetivo de promover las mejores versiones de nuestras etnografías, a la luz siempre de las miradas de otras y otros..